

Muchas gracias. Perdonad si me he puesto elegante para vosotros, pero, si me permitís, para sentirme más libre, he pedido esta silla para apoyar (la americana).

Bien, he puesto un título aparentemente provocador, pero no pretende serlo.

Una ciudad es educadora si permite que las niñas y los niños se eduquen. O permite a los niños y niñas educarse. Entendiendo «educarse» solos, que es un poco lo contrario de ser educados.

La idea general es que, cuando nace un niño, cuando nace una niña, pasa un tiempo largo durante el cual casi no pasa nada. Como un tiempo de formación, de preparación, en el que lo más importante es cuidarlo, protegerlo, garantizarlo, para que pueda llegar a las fases, a las etapas importantes de la vida, en las mejores condiciones físicas, que se considera que son las únicas importantes en esta etapa de la vida.

Cuando a Sigmund Freud le preguntaron en una entrevista cuál había sido el año más importante de su vida, respondió, sin duda, el primero.

Y en realidad es así. No es verdad que el niño espere a que llegue aquello que una vez se llamaba «la edad de la razón», que coincidía con la experiencia escolar, cuando comenzaban los aprendizajes importantes de escribir, contar.

Lo que me gusta tratar al comenzar es describir cómo, al contrario, los niños comienzan su experiencia de conocimiento de una manera totalmente diferente, descubriendo cosas y jugando.

Las dos experiencias fuertes con las que el niño comienza a entrar en el mundo son la sorpresa y el juego.

Así es, por ejemplo, como el niño descubre la palabra, comienza a hablar. Es interesante observar y reflexionar sobre el hecho de que nadie enseña a hablar a los niños.

Y después de aprenderlo, continuamos hablando durante toda la vida. Y lo aprendimos solos, descubriéndolo, sorprendiéndonos.

Hay un momento, al principio de la vida, al cabo de pocos días, en que el niño descubre que el aire que sale de su boca puede producir un sonido.

Claro, ya había llorado y también salían sonidos, pero probablemente el niño o la niña estaban tan inmersos en la razón de ese llanto, en la rabia, el dolor o no sé qué, que no tenían tiempo ni posibilidad de reflexionar sobre ello.

Pero llega un momento en que se produce un sonido.

Eso sorprende tanto al niño que le gustaría reproducirlo, pero no sabe cómo, hasta que vuelve a suceder.

Y vuelve a suceder una y otra vez, hasta que descubre cómo puede producirlo él mismo.

Y comienza una fase nueva en la vida de las niñas y de los niños, la que en italiano llamamos «lallazione» y que vosotros llamáis balbuceo. Una fase que los padres conocen muy bien, muy pesada: el niño que continúa... juega con su voz, juega con su voz.

Esto tiene una importancia impresionante, porque en un momento extraño, y por pura casualidad, le sale «mamá, mamá, mamá».

La familia estalla, como en la grada cuando hay un gol: todos de pie. «¡Ha dicho mamá!»

No, él estaba jugando, pero le sale «mamá». Y la familia lo felicita mucho, llaman a la abuela... Bueno, es un momento que creo que todas las familias recuerdan.

Y claro que el niño, como ve que tiene un éxito tan grande, lo repite y descubre que estas palabras, que no sabe que son palabras, tienen un efecto impresionante.

Cuando dice «mamá», aparece su madre. Es decir, son sonidos que provocan la aparición de la persona que para él es el mundo, y eso le da una fuerza enorme. Y por eso continúa llamándola.

El niño descubrió la palabra, descubrió el habla, y desde entonces durante toda la vida.

Así los niños descubren el dibujo. Lo descubren porque, por casualidad, un día la mano que se mueve deja una señal.

Eso sorprende a un niño. Normalmente, la mano que se mueve no deja señales. Por casualidad, en este caso, la mano tenía un rotulador, por ejemplo.

Pero el niño no se da cuenta. Y ve esa señal, y de nuevo pasa lo mismo. Pasa una vez y otra hasta que se da cuenta de que puede buscar algo que deje señales y comienza esta nueva experiencia de los trazos.

Los que nosotros llamamos «garabatos», que es una palabra de desprecio, que son cosas malas, un garabato.

Al contrario, es una forma de arte, porque es aquí donde comienza toda la experiencia de la expresión gráfica, jugando. Jugando, en este caso, con las señales.

Y uno puede decir: bien, sí, lo aceptamos, pero después hay que esperar a los seis años, cuando ya entran en la escuela.

No. A lo largo de este tiempo, desde los primeros días de vida hasta los seis años, pasan muchísimas cosas.

Yo no soy experto, no sé describirlas todas, pero me gusta dar un elemento más antes de pasar al tema más amplio que tenemos que tratar.

Estamos alrededor de los tres años. Cuando oí que mi hijo mayor me decía: «Papá, he descubierto».

Yo me quedé sorprendido porque mi hijo decía «descubierto». Por tanto, me parecía casi que iba hacia atrás. Lo decía correctamente y después lo dice incorrectamente.

Pero claro que no me quedé con esa sensación inicial e intenté entenderlo.

Y lo que entendí me dio casi miedo. Descubrí que mi hijo había entendido, sabía que los verbos tienen conjugaciones.

Lo digo así, casi me da miedo decirlo porque tenía tres años. Y ahora sé que todos los niños de unos tres años hacen este descubrimiento.

Saben que los verbos tienen conjugaciones.

Y en nuestras lenguas tienen tres conjugaciones. Y que la tercera, en el participio pasado, correctamente hace «-ido». Por tanto, descubrir, que es de la tercera, tiene que hacer «descubierto», a pesar de cómo lo dice su padre.

Esto es impresionante. Los niños descubren normas y las aplican con una fidelidad casi religiosa.

Y claro que, a partir de aquí, quizá cuántas cosas descubrió él y todos los niños de esta edad.

Recuerdo que en Costa Rica, en una escuela infantil, hablaba con los niños y un niño de tres años me dice: «¿Sabes, Francesco, que mi gato ha muerto?»

«Ha muerto». Morir es de la tercera.

Cuando mi hijo cumplió seis años, como todos los niños y niñas, fue a la escuela.

El primer día de escuela, su maestra le pidió que llenara la primera página de su cuaderno nuevo haciendo A. Una página de A.

Su maestra pensó, interpretó, consideró que mi hijo, como todos sus colegas y compañeros de clase, eran ignorantes y analfabetos y conjugaban verbos desde hacía tres años.

Este es uno de los enormes problemas de la educación.

Ayer me encontré con niños de aquí. Pasamos un rato muy simpático para mí, y expliqué esta anécdota y les pregunté si a ellos, porque me imaginaba que eso también les había pasado —mi hijo ahora tiene casi sesenta años, por lo que podría haber pasado hace tiempo.

Bueno, eran ocho o nueve niños. Cuando pedí que levantara la mano quien hubiera hecho una página de A, todos, me parece, menos uno, levantaron la mano.

Hoy en día todavía se considera que un niño de seis años es analfabeto.

Esta manera de descubrir por sorpresa y jugando sirve para muchos ámbitos de nuestra vida.

Sirve para caminar, para comer, para controlar los esfínteres, la caca. Bueno, todas estas cosas que forman parte del inicio de nuestra vida las descubrimos solos.

Hasta hace cuarenta años, se considera que hasta los años ochenta, más o menos, esta manera de conocer continuaba cuando se abría la puerta de casa más o menos a los cuatro, cinco o seis años, no más tarde, porque entonces todos los niños y todas las niñas iban a la escuela sin adultos.

No había nadie que acompañara a su hijo a la escuela. Era un problema enorme hacerlo, porque estos niños eran considerados niños discapacitados, discapacitados sociales, es decir, que tenían padres que los acompañaban.

Era una vergüenza.

Y todos los niños salían para acostumbrarse a vivir en la calle, y en la calle continuaba este aprendizaje que se llama incidental, es decir, que ocurre por casualidad.

Y en la calle se aprendía a conocerse, a conocer a los demás y a conocer al otro género, a reconocer que somos diferentes en carácter y físicamente, jugando.

Bueno, creo que todos sabéis qué significa el juego del médico.

Es una etapa fundamental de nuestra infancia.

Así se conocían los peligros, los obstáculos, y se elaboraban estrategias para superarlos, dominarlos, controlarlos o evitarlos.

Se aprendía a pelearse y a hacer las paces, porque al día siguiente queríamos volver a jugar.

Se vive la experiencia de la satisfacción, el orgullo del éxito y la frustración del fracaso.

La frustración a los cinco, seis, siete u ocho años es dura, pero pasa. Porque al día siguiente queremos volver a jugar.

Tenemos que elaborar estrategias para recomponer la pelea, para recomponer el conflicto.

Experimentar la frustración por primera vez a los catorce años puede ser fatal.

Lamentablemente, tenemos un aumento de los intentos de suicidio, incluso por causas de este tipo, aparentemente banales.

Descubrir cosas nuevas. Siguiendo esto de jugar con las palabras, continúa fuera de casa descubriendo plantas, animales, formas de estar, rincones, maneras de escapar del control de los adultos... Bueno, muchas cosas.

Ayer John Powell, en esta bella conferencia que nos regaló, decía que la pertenencia es imposible sin alteridad.

Y yo pensé: quizá sí que es verdad.

Y me vino a la cabeza que hay un caso en el que hay pertenencia sin alteridad. Y es exactamente cuando los niños juegan sin adultos.

Si no hay adultos, los niños se ponen juntos y buscan maneras de convivir.

Esto es muy importante también desde una perspectiva de integración social a través de los niños.

Podría poner muchos ejemplos, pero no tengo tiempo.

Pondré solo dos.

En verano, mi familia se desplazaba a un pueblecito, que era el pueblo de mi mujer, un pueblo despoblado que

casi no tenía niños, pero que era un pueblo de emigración francesa.

Y en verano se llenaba bastante y había muchos niños franceses.

Y mis hijos salían después de desayunar y aparecían para comer, desaparecían y volvían a aparecer para cenar.

Y recuerdo que yo hablaba con ellos para decirles:

«Pero vosotros ¿qué hacéis?»

«Jugamos.»

«Pero ¿jugáis con niños que hablan otra lengua? ¿Vosotros no sabéis francés?»

Y no sabían contestarme, pero salían igual, cada día.

Y sabían cómo jugar con niños sin entenderlos, sin entender la lengua.

¿Cómo lo hacían, quizá?

El otro ejemplo es una amiga que me decía que tenía un hijo que siempre le hablaba de un amigo que se llamaba Pablo.

Pero estaba en primero de primaria y ella no conocía a ese Pablo.

Un día la maestra la convoca para decirle no sé qué y aprovecha, cuando llega a la clase, para llamar a su hijo y decirle: «Enséñame a Pablo».

«Ah, Pablo es el que lleva el jersey rojo».

Pablo era el único negro de la clase.

Y era el del jersey rojo.

El color de la piel no significaba nada.

Hace cuarenta años que ocurre algo rarísimo, nuevo y que continúa.

La puerta de casa se cierra.

Se calcula que, alrededor de los años ochenta, las familias de nuestros países —son muchos países— deciden que un niño o una niña no pueden salir solos de casa.

Hay que acompañarlos.

Esta novedad cambia toda la vida de los niños.

Y cambia la vida de las familias.

Y cambia la vida de la ciudad.

Hay que inventarse qué hacer con los niños si no pueden salir de casa para pasar la tarde con sus compañeros.

Antes de entrar en esta segunda parte, que es la parte a la que me interesa dedicar un rato largo para describir lo que estamos proponiendo, hay que observar una cosa.

Que después de esta etapa comenzaba la escuela.

Y evidentemente, en la mayoría de los casos, por ejemplo, en las escuelas de mis compañeros de ayer por la tarde, donde se aprendía a escribir haciendo una página de A, se interrumpía drásticamente —no diré dramáticamente—, pero de alguna manera sí, todo este proceso de descubrimiento.

Allí no se descubría nada, porque allí todo estaba preparado.

Esto que está preparado se llama programa.

Y el programa lo lleva el profesor, el maestro.

Y el papel de los niños es escuchar.

Aprender porque alguien te explica las cosas.

Y te explica no aquello que te interesa, como cuando lo buscabas tú solo, sino aquello que está previsto.

Y el protagonismo pasa de los niños a los adultos.

Y el adulto considera que sus alumnos, más o menos, están vacíos.

Son vasos vacíos.

En los que él pone cosas nuevas.

Y después de un tiempo puede medir cuánto se ha llenado el vaso.

Lo extraordinario es que todo esto ocurre en una situación de igualdad que no tiene ninguna otra experiencia en la vida.

Los alumnos tienen todos la misma edad.

Es rarísimo esto.

Como si fueran gemelos, una clase de gemelos.

Parece una película de terror.

Es así.

Fue así para todos nosotros.

Claro, no es obligatorio.

No siempre es así.

Se ha recordado a Marta Mata.

Marta Mata, además de ser una importante política catalana, fue una educadora muy importante.

Yo tuve la suerte de conocerla, de ser amigo suyo.

Y Marta Mata formaba parte de este mundo de la escuela que, inspirándose en maestros como Célestin Freinet, francés, consideraba que los niños tenían derecho a descubrir y continuar descubriendo dentro y fuera de la escuela.

Es decir, la escuela estaba interesada en aquello que los niños traían de fuera.

El texto libre —ahora no puedo quedarme en aspectos técnicos— es como un acceso de la vida exterior dentro de la vida de la escuela.

La jornada escolar para estos maestros... Bueno, para entendernos, creo que muchos de vosotros conocéis la película *El maestro que prometió el mar* y, aunque es muy dramática, toda la parte didáctica es exactamente de lo que estoy hablando.

La escuela se hacía y se hace así, porque estos maestros, por suerte, siguen existiendo: empezando por la experiencia de los niños.

Los niños llevan a la escuela lo que han vivido por la tarde. Por eso estos maestros no ponen deberes, no dan tareas, no ocupan el tiempo de los niños con cosas absurdas, perdonad, sino que les dejan vivir cosas muy importantes como el juego libre, para que al día siguiente lo lleven a la escuela.

Estos maestros existen. Lamentablemente, son pocos y deberían ser todos, porque este es uno de los derechos de los niños: tener una educación de este tipo.

Claro, decía que se abre un tema enorme: ¿qué hacemos con los niños si pensamos que no pueden salir a la calle?

Y aquí empieza, normalmente, cuando hay una necesidad. Esto mueve muchos intereses, tanto económicos como políticos y sociales.

Por una parte, la escuela levanta la mano y dice:
«Soy yo», y la escuela amplía su servicio.

En Italia, mi escuela, la escuela de mis hijos, era de cuatro horas: de ocho y media a una y media. Después, a comer a casa y la tarde, como decía.

Ahora la escuela es de ocho y media a cuatro y media. No siempre, no todas, pero la mayoría.

Y ponen deberes y la familia casi está contenta, porque así tienen algo que hacer durante la tarde.

Después se inventaron las actividades que no existían en mi época.

En mi época se jugaba a la pelota. Hoy no es posible.

Hoy se estudia fútbol. Es otra cosa: es un curso, se paga, hay un profesor, un profesor que se llama entrenador, que enseña cómo se juega al fútbol.

Nosotros jugábamos a nuestra manera, inventando normas o imitando normas.

Bueno, esto sería para otra conferencia.

Por eso, las actividades ofrecen la posibilidad de hacer la agenda de un niño, de una niña, hoy más complicada que la de sus padres.

También porque sus padres tienen que acompañar a sus hijos a todas estas actividades y ellos no pueden permitirse hacer lo mismo.

Porque, si hacen sus actividades, no pueden garantizar las de sus hijos.

Ah, bueno, me he olvidado de... Está este dibujo. Bueno, perdonad, lo recupero en un minuto.

Esto es cuando hablaba del dibujo de los niños.

Este es un dibujo de Vanna.

Vanna es una niña de Reggio Emilia.

Y yo la conocí cuando estaba visitando la escuela Diana, que es una de las escuelas conocidas de Reggio Emilia.

Yo era amigo de Loris Malaguzzi, por lo que iba a menudo a Reggio Emilia.

Y Vanna, cuando la conocí, tenía seis años,
ya estaba en primaria.

Pasó por la escuela Diana para saludar a sus
maestras y yo estaba allí.

Cuando entra, las maestras me muestran este dibujo,
que era de este tamaño, dibujado con tinta china, con muchos
detalles.

Es un dibujo importante para una niña de cinco
años.

Y yo le dije: «Vanna, tú vuelves de la escuela
primaria, ¿verdad?»

Me dice: «¿Tienes un cuaderno?»

Y Vanna me muestra su cuaderno.

Y yo hago esta fotografía.

Esta es la fotografía del cuaderno de Vanna
a los seis años.

Un dibujo de tres personajes, más o menos como
el anterior.

Bueno, otra vez, cuando vuelva y tengáis otra
hora para regalarme, hablaremos de lo que le pasó a Vanna
en estos pocos meses.

Al crecer casi un año, su dibujo ha llegado
a ser este.

Bueno, decía que ante el tema de qué hacer con
los niños se mueven muchas fuerzas.

Decía: la escuela amplía, nacen las actividades.

Las ciudades dicen: «No te preocupes, vota por mí y
yo te crearé espacios de juego para los niños.»

Son estos espacios iguales en todo el mundo, con
columpios y toboganes, en algunos casos, como en Italia, por suerte,
abiertos.

En otros casos, por ejemplo, en Argentina,
cerrados con rejas para protegerlos, donde los niños solo van
acompañados de adultos.

Por eso, pasarán un rato allí para jugar.

Esto es lo que pensamos.

Hasta que se cansen, porque este es el pacto.

«Yo te llevo, cuando estés cansado me lo dices y volvemos a casa.»

Y lo que ocurre es algo que debería preocupar mucho a los adultos, porque los niños se cansan.

Después de un rato esperando para hacer cola en el columpio, o aprovechar el tobogán, se acercan al adulto y dicen: «Mamá, papá, estoy cansado».

Y nosotros no podemos decirlo, pero por dentro decimos: «Bueno, menos mal, volvemos a casa, que tengo muchas cosas que hacer».

Por tanto, nosotros pensamos que hemos cumplido, y de alguna manera los niños también han cumplido.

Lo que no pensamos es que un niño que juega no se cansa nunca.

Se olvida de que tiene hambre.

Se olvida de orinar.

Se lo hace encima.

Pero no deja de jugar.

Nuestra madre nos llamaba muchas veces porque la cena se había enfriado, estaba preparada, pero para nosotros terminar el juego era imposible.

Un niño que te dice «estoy cansado» significa que no ha jugado.

Y después nacieron los juguetes, una empresa, una fábrica.

Hay supermercados y centros comerciales de juguetes.

En mi infancia no había juguetes; era después de la guerra.

Jugábamos muchísimo, muchísimo.

Yo, si pudiera explicaros cómo jugaba yo de pequeño, tendría que tener toda una mañana para hacerlo, y no había juguetes.

Bueno, los juguetes los construíamos nosotros.

Por tanto, todo lo que rodea a los niños cuesta muchísimo.

Las actividades cuestan, los juguetes cuestan y después llegan las pantallas.

La televisión fue una niñera, una niñera
que se ocupó de cuidar a los niños.

Delante de la televisión no corrían riesgos.

Y empezó toda la discusión con los
pediatras que decían: «Sí que hay riesgos».

Hay riesgos de obesidad infantil, hay riesgos
para la visión, hay riesgos para la atención.

Y empezó todo este tema de cuánto tiempo
debe estar un niño delante de una pantalla.

«Cuanto menos, mejor».

Por el amor de Dios, no pongáis la televisión en
la habitación de los niños.

Pero en muchas casas los televisores llegaron
a la habitación de los niños.

Y finalmente llegó el móvil.

El móvil resuelve todos los problemas.

El móvil entra en la vida de los niños desde los
primeros días de vida.

Parece, y esto lo digo con mucha amargura, que es
frecuente que las madres que amamantan a su hijo aprovechen ese
tiempo en el que no tienen nada que hacer para leer mensajes, para
intercambiarlos.

Esto es dramático, es dramático.

Hay que enseñar estas cosas en las escuelas, a las
chicas y a los chicos: esto no se puede hacer.

Porque en estos primeros días de vida, cuando el
niño se cansa de mamar del pecho de su madre, siempre y en todas las
culturas se detiene y la mira.

Y claro, si la madre está mirando otra
cosa, el niño no la encuentra.

Este diálogo de miradas se considera el inicio
de una relación.

Por eso es algo...

Hay vídeos, son vídeos que vi hace
decenas de años, realizados en culturas diferentes, y siempre se
repite este juego de miradas entre el bebé y su madre que
lo amamanta.

Es que no lo saben.

De esto en la escuela no se habla, me imagino,
al menos.

Y el móvil entra en las manos de un niño recién
nacido, de pocos meses, porque contiene canciones e imágenes pensadas
para niños de esta edad.

No es casual.

El móvil ayuda a pasar un rato mientras
nosotros estamos en el restaurante y así el niño no molesta.

La mayoría de los niños italianos en edad de primaria
tienen un móvil.

Exactamente.

Normalmente a los padres esto les gusta mucho porque,
para ellos, para nosotros, ha sido un problema acostumbrarnos a
esta máquina maravillosa, enorme, donde está todo el mundo y que puede
solucionar todos los problemas, pero que no ha sido fácil.

Para mí continúa siendo complicadísimo.

Un niño lo aprende en poco tiempo.

Se calcula que un niño de siete u ocho años sabe
descubrir todo lo que hay dentro de un móvil, por lo que los
padres ni imaginan ni sospechan el uso que hacen de él los niños.

Hoy pensamos que este es el problema más fuerte,
más importante y más grave que tiene la infancia.

Es interesante observar que anteayer fue
el aniversario del proyecto «La ciudad de los niños y las niñas»,
que nació precisamente treinta y cinco años antes, el 27 de mayo, en
mi ciudad, Fano, cuando propuse este proyecto al Consejo
Municipal y el Consejo lo aprobó.

En el discurso que presenté al Consejo y que
tengo en mi ordenador, porque forma parte del acta del Consejo
Municipal, el acta oficial, está todo lo que pasó y también están
mis palabras.

Y en este discurso, lo primero que yo
pedía, en el año 1991, era que los niños pudieran volver a salir de
casa sin adultos para vivir la experiencia del juego.

Considerando —para mí era muy claro desde
entonces, y para todos los que nos ocupamos del desarrollo
infantil también lo es— que el juego es la experiencia más

importante no de la infancia, sino de la vida, incluso más que el estudio.

Una persona que sabía algo de ciencia, como Einstein, dice, escribe, que el juego es la forma más alta de investigación.

Por tanto, el juego desaparece de la experiencia del niño desde el momento en que los niños no pueden salir solos de casa.

El verbo «jugar» no se puede conjugar con verbos como «acompañar», «controlar», «vigilar».

Solo se conjuga con el verbo «dejar».

Hay que dejarlos.

«Tengo miedo, no lo sé, mi marido no está de acuerdo...»

Bueno, como queráis, pero no juegan.

No hay otra manera.

Claro que una de las cosas que se aprendía en la calle era tener en cuenta las normas que ponía la familia.

Mi madre también tenía miedo. Yo también tenía miedo cuando mis hijos eran pequeños, pero no había remedio y los dejaba, los dejaba con normas.

Y los niños sabían que, si no cumplían las normas, había consecuencias.

En mi infancia podían ser físicas o simplemente consecuencias, como que al día siguiente no salía o cosas así.

Pero tenía que obedecerlas todas, pero podía transgredirlas.

La transgresión es una experiencia muy importante, mala, pero importante.

Y siempre es una evaluación complicada.

«¿Respeto lo que me piden o no?»

Y si no, sé que tendré consecuencias.

De esta manera se aprende un sentido moral.

Construirse un sentido moral a los cuatro, cinco, seis, ocho años, y no empezar a los catorce, quince o dieciséis años.

Bueno, vamos a la parte final.

Desde este momento en que yo pido al Ayuntamiento de Fano que devuelva a los niños la posibilidad de salir de casa como un objetivo político y social de la ciudad.

Que la ciudad se haga cargo.

Que sepa invitar a los niños a salir y a las familias a dejarlos salir.

Abriendo un debate sobre por qué esto no ocurre.

Esto también es un misterio.

Normalmente la gente dice que no pueden salir porque la ciudad de hoy no lo permite.

Sería interesante profundizar un poco en esta frase.

¿Por qué no lo permite?

Hoy vosotros tenéis todos los datos.

Una ciudad tiene todos los datos porque son ordenadores.

La policía lo sabe todo de una ciudad.

Podemos comprobar si Granollers, por ejemplo, en los últimos cuarenta años, ha llegado a ser una ciudad más peligrosa o más segura.

Yo no lo sé, pero apuesto por el hecho de que es más segura.

Bastante más segura.

Probablemente los delitos han bajado, así como los incidentes y las muertes por accidentes de tráfico.

Pero hay muchos más coches.

Sí, pero son mucho más seguros.

Hay muchos más comportamientos garantizados.

Hay leyes que han intervenido.

No son suficientes.

Pensamos que tienen que ser mejores.

Podemos hacer más, pero ya es importante considerar que la ciudad donde yo fui niño era una ciudad bombardeada y nosotros jugábamos entre las ruinas, donde había restos bélicos, muy peligrosos, y el juego era allí.

Por tanto, no es verdad.

Lo que ha cambiado es el miedo.

Ha bajado el peligro y ha subido el miedo.

Y esto es un efecto de otros mecanismos sociales, como la información.

La información es obsesiva.

Lo he notado mucho en los últimos viajes por España, por ejemplo: cómo una noticia del telediario sobre algo que ha ocurrido, especialmente si es malo, detrás de las palabras que dice el periodista, las imágenes se repiten dos, tres, cuatro, cinco, seis veces seguidas.

Esto construye en la mente una idea de frecuencia que no corresponde a la realidad.

Y con las redes sociales esto se multiplica y llegamos a las imágenes virales, lo que significa que no solo las ve toda España, sino todo el mundo.

Y es un hecho que parece frecuentísimo, casi habitual.

Y claro, cuando yo pienso que puede ser habitual...

No ha pasado ni una hora.

He empezado a y cuarto y la aprovecho toda.

Perdonad.

Bueno, yo encontré...

La última etapa es esta: en nuestro proyecto internacional estamos proponiendo una campaña que se llama «Yo salgo a jugar».

Pensamos que, ante el poder que tiene un móvil, no es suficiente con decir que no lo utilices.

«Te lo regalo, pero no lo utilices».

«Te lo regalo, pero te controlo».

«Te lo regalo, pero estamos de acuerdo en que no lo utilizas».

Debería llegar a las manos de los niños a partir de una determinada edad.

¿Cuándo será útil?

¿Cuándo será necesario?

Probablemente a los catorce, dieciséis... no lo sé.

¿Cuándo lo necesitarán?

Y por eso abrimos esta propuesta que llamamos
«Yo salgo a jugar», proponiendo algo que a los niños de cuatro,
cinco, seis, ocho, diez o doce años les puede interesar más que un
móvil.

Salir a jugar con los amigos cada día sin
adultos.

Encontré niños de varios países: de
Argentina, Brasil, México, Portugal, España e Italia.

Hace un mes había un pequeño grupo de niños que
representaban a estos países.

Hablé con ellos.

¿Qué pensaban ellos del móvil?

Y salieron cosas impresionantes.

Me dijeron: «El móvil es peligroso. Hay mucha
información violenta y tiene el potencial de convertirse en una
adicción».

«Es como un veneno silencioso».

«No se sabe quién hay dentro».

«Aparecen cosas que a veces ni siquiera quieres
ver».

«Con él nos quedamos ciegos».

«Es como una droga que no se come, sino que se
ve».

«El móvil nos atrapa».

«Y cuando nos llaman para jugar no queremos ir».

No eran muchos niños, por lo que me salió
una propuesta que repito aquí y con la que terminaré.

Eran...

No sois conscientes de lo que estamos hablando.

Lo que me estáis diciendo significa que lo sabéis.

Os propongo que os hagáis protagonistas de esta
lucha.

No que sean los adultos quienes os obliguen.

Que lo pidáis.

Y pedí que los niños pidan a sus padres:

«Renuncio al móvil si tú me permites salir cada día a jugar con los amigos sin tu presencia».

Y a los docentes decirles:

«Nosotros estamos dispuestos a renunciar al móvil si vosotros renunciáis a ponernos deberes».

No porque no queramos trabajar.

Si lo necesitamos, lo hacemos en clase.

Pero la tarde es para jugar.

Si tenemos deberes, no tenemos tiempo para jugar.

Bueno, por eso ahora, los últimos cinco minutos...

Lo siento, pero yo estoy aquí para cumplir.

Los dedico a mostraros estas imágenes, que son viñetas que prepararé exactamente para esta campaña, y las voy pasando simplemente leyendo los textos.

«Yo salgo a jugar».

Y los padres le contestan:

«Te queremos tanto que te dejamos».

«Está irritable».

«No me deja en paz».

«Lo toca todo. Se aburre».

«No sé qué hacer».

«Dale el móvil. Es fantástico».

«Adiós. Bajo a jugar con mis amigos».

«Pero no corras, no cruces la calle, no te ensucies».

«Bueno, será mejor quedarse en casa con la Play».

«No puedes salir solo porque la calle es peligrosa».

«Hay tráfico».

«Quédate en casa con el móvil».

«Estas son las imágenes de la violación».

«Les explicamos cómo y dónde encontrar la droga».

«Aquí están las horribles imágenes de las víctimas de la masacre».

«Las imágenes prohibidas de la violencia».

«No hace falta que salgas para ver a Julieta».

«Os podéis encontrar en una videollamada».

«Pero yo quería darle besos».

«Doctora, Paula tiene seis años».

«Está siempre aburrida, triste».

«¿Hay algún tratamiento?»

«Claro. Déjala salir sola cada día a jugar con sus amigos».

«Fuera a los cuatro años».

«Adiós, papá. Salgo a jugar con Pablo».

«Fuera de casa, pero allí, con las puertas abiertas, sin ningún peligro».

Y después se gana la escalera.

«Fuera a los cinco años».

«Yo era la maestra, pero mañana jugaremos al teatro o al mercado».

Eran los juegos que yo hacía en la escalera cuando era pequeño.

«Adiós, salgo a jugar con Rosa y Luis».

«Cuando vuelva te lo contaré, pero no todo».

Pero un amigo siempre será mejor que un móvil.

Lo esperamos.

Gracias.